

## “MILAGRO EN EL PORTAL”

Un año más se abre la caja y entra la luz. Por fin. Nos van sacando cuidadosamente, uno a uno, de entre los espumillones donde dormimos el resto del año, y volvemos a ocupar el mismo espacio que en navidades anteriores con minúsculas variaciones: yo siempre cerca del pastor y rodeada por las otras compañeras que de pronto han pasado de ser tres a ser cinco. Nuestro sitio está invariablemente junto al río, en el remanso de una curva, rincón desde el cual nunca puedo llegar a ver al Niño por mucho que me esfuerce, así que asumo con resignación que una vez más sólo alcanzaré a vislumbrar de lejos la techumbre del portal y la estrella de plata, allí arriba, marcando el lugar mágico que le da sentido a todo lo demás.

Suele ser ella quien nos coloca, aunque este año un par de ojos grandes y unas manos pequeñas siguen de cerca el ritual de la disposición de las figuras, y de vez en cuando, en los descuidos de la madre, se abalanza sobre el belén y con sus dedos rollizos apresura mi cuerpo de oveja negra. Con fijación me coge a mí, que destaco, con la oscuridad que me ha concedido el capricho de un artesano, entre el resto del rebaño blanco como la nieve, y por arte de magia, como si el bebé fuera capaz de adivinar mis deseos, me hace volar sobre el río, sobre las palmeras y el castillo de Herodes, para colocarme finalmente en el mismo portal, al lado del Niño. Es la primera vez que puedo verlo de cerca y todo lo que había oído se queda corto para describir la sensación: la exquisita fragancia; la tibieza que de pronto lo inunda todo; la paz y bienestar que me transmite su contemplación. Pero aún no me he podido acostumbrar a su belleza, a su luz, más poderosa que la de la estrella, ni siquiera al desdén con el que me mira la orgullosa mula, cuando ella vuelve a cogerme y me devuelve a mi acostumbrado lugar dentro del rebaño.

Y así, un día y otro, me he ido habituando a viajar caprichosa y furtivamente dentro de la mano del pequeño de la casa para disfrutar de unos instantes (tan sólo los que tarda la madre en descubrirme), de la cercanía del Niño Jesús. Hasta que por fin la persistencia infantil logra vencer la batalla y acabo la Navidad triunfante y feliz, ocupando un puesto de honor al lado del Niño que me mira y sonrío desde un pesebre lleno de paja, y de otro, que desde esa tierna edad en la que aún se cree en lo maravilloso, hace lo mismo.

Y aunque los borregos tengamos fama de no cuestionarnos demasiadas cosas, yo, al igual que todo el mundo, no puedo dejar de preguntarme que ha hecho una pobre e insignificante oveja negra para merecer este honor, pero sobre todo lo que más me inquieta es saber si el año próximo volverá a ocurrir el milagro.

~ ~ ~